

## LOS MUELLES

**T**omás era solo tres años mayor que yo, pero todos lo veían ya como un hombre. A mí, sin embargo, me seguían tratando como a un chiquillo y me ignoraban completamente cuando él estaba delante. Es lo mismo que hacía Eli. Actuaba como si no quisiera darse cuenta de que ya no era un niño, su niño, el que había traído a Bilbao cogido de la mano. Ya había crecido lo suficiente para no tener que estar vigilado todo el día y me cansaba de sentirla encima continuamente, como si fuera un tonto de cuna. Con o sin Tomás, yo era muy capaz de valerme por mí mismo. Todos los días, y delante de sus mismas narices, le enseñaba cómo podía arreglármelas en la calle, además de sacar adelante mis estudios, aunque, la verdad, esto último lo hiciera con más pena que gloria. Lo malo es que no conseguía hacérselo comprender. Supongo que ella, como todos, solo veía lo que quería ver.

Cada tarde, Tomás me esperaba a la salida del colegio, fumando un pitillo con filtro de los que vendíamos, apoyado con mucho estilo contra la pared del patio. Mis compañeros de clase escapaban de él como del demonio. Por algo estábamos en un colegio de curas. Parecían no fiarse de alguien que llevaba pantalones largos y zapatos de cordones.

En cuanto salía por la puerta del colegio, corría a su encuentro. Llegaba a su lado, girábamos en redondo y nos lanzábamos calle abajo por Zabalbide. Tomás, a buen ritmo y con paso decidido, una mano en el bolsillo y la otra siempre ocupada con su cigarrillo. Yo, revoloteando a su alrededor, de un lado a otro y de arriba abajo, soltando mil preguntas acerca de lo que había estado haciendo durante todo el día y mirando con el rabillo del ojo la tropa de curiosos, frailes y alumnos, que nos observaban desde el muro del colegio.

Los hermanos daban la impresión de tenerle algo de respeto, pero nunca, que yo recuerde, se le acercaron para saber nada de él, y eso que los hermanos no desaprovechaban una oportunidad de meterse en la vida de los demás. De todas formas, estoy bien seguro de que no les hacía ni pizca de gracia ver todos los días a alguien como Tomás merodeando por su venerado colegio. Nosotros dos también evitábamos cualquier tipo de problema. Nos entreteníamos muy poco por allí. Procurábamos ser muy discretos. Esa era la idea, una de las obsesiones de Tomás: pasar completamente desapercibidos. No sé cómo pretendía hacerlo en aquellos días.

Al paso que solíamos ir, entre risas y tonterías, no nos llevaba ni diez minutos llegar hasta el Arenal. Nos gustaba coger el camino de la Ribera. Tardábamos un poco más, pero era mucho más interesante que cruzar las Siete Calles hasta San Nicolás. Por el mercado siempre había mucha animación, aunque poco género. “Mucho cesto y pocos huevos”, decía Eli. Allí también podíamos encontrarnos con algún conocido de Tomás, normalmente vagos y desocupados con ganas de charla. Los despachaba sin muchas contemplaciones. A Tomás no le gustaba que le hicieran perder el tiempo y mucho menos para intentar sacarle algo. Un poco de dinero, tabaco, incluso comida; los muy holgazanes siempre tenían

algo que pedir en la boca. Las calles estaban llenas de este tipo de elementos que Tomás despreciaba con toda su alma. La verdadera razón era que la guerra había dejado Bilbao patas arriba. Aparentemente todo estaba intacto, pero por dentro la ciudad estaba agujereada como un queso suizo. Solo los puentes, dinamitados en su huida por gente que –según Tomás– se olvidó de todo diez kilómetros más adelante, parecían acordarse de lo sucedido. Los que tuvieron la oportunidad de escapar no la dejaron pasar. Los demás estaban presos, luchaban por sobrevivir o habían decidido abrazar la nueva fe. Lo más sensato, si eras capaz de hacerlo.

Nuestro destino era el muelle de Ripa, un auténtico caos al borde de la ría. Allí debía atracar todo lo que llegaba a Bilbao ya fuera persona, mercancía o animal. En cuanto llegábamos, yo ya estaba deseando escapar. No conseguía acostumbrarme a aquel enorme enjambre, sembrado de trampas por todas partes, que se desparramaba desde el muelle a todas las calles y callejuelas situadas a sus espaldas, hasta la frontera invisible que marcaba la calle Navarra. Oficinas, almacenes, consignas, navieras, talleres, tabernas. Cada edificio estaba dedicado por completo al muelle. Había gente, todo tipo de gente, allá donde dirigieras la mirada, ocupada en sus propios asuntos o en los de los demás: cargadores y cargadoras, capataces, gabarreros, mozos, recadistas, estibadores... los que trabajaban allí y los que estaban de paso. Empresarios, oficinistas, empleados, secretarias. Luego estaban las camionetas, carros, motocarros y, por si fuera poco, el tren, el tranvía y los barcos, gasolineros, botes y gabarras, claro está. A veces, el lío que se montaba al atracar un barco era tal que conseguía marearme y desorientarme. Empezaba a perder el equilibrio y hasta el aire me faltaba. Yo no estaba hecho para tales aglomeraciones. En esos momentos, Tomás se hacía cargo de mí y conseguía

llevarme en volandas de un lado para otro con total seguridad. Vigilaba por los dos y se aseguraba de que nunca nada malo llegara a pasarme.

En Ripa nosotros buscábamos al *Negro*. Todo el mundo le conocía por ese nombre porque, en realidad, nadie sabía el verdadero. A lo mejor, ni él mismo. Ni falta que le hacía. *El Negro* nos esperaba parapetado en su refugio, sin dejar de mirar a izquierda y derecha y sin olvidar, en ninguna de sus maniobras, controlar también su retaguardia. Solía elegir alguna gabarra discretamente fondeada en la ría y allí se sentaba, lo más cerca de la proa que le era posible, como un rey africano en su castillo de carbón, en la cima de un pequeño montículo hecho a base de todas las cajas que podía apilar. Tomás siempre se burlaba de él. No soportaba ver a alguien fuerte y alto como *el Negro* presa de un miedo tan infantil.

—*Negro*, chico. No entiendo cómo alguien como tú puede tener tanto miedo de las ratas. ¿No te da vergüenza? Te miro y solo veo a una niña asustada chillando sobre una silla.

Yo me partía de risa al ver la cara de odio que ponía *el Negro*, incapaz de enfrentarse a las burlas de Tomás ni con la boca ni con los puños. Era algo inexplicable. *El Negro* era un pelón mal encarado al que todo el muelle prefería evitar. Era, desde luego, el bicho más venenoso que yo había conocido. Cualquier problema con él acababa siempre de la misma manera. Excepto con nosotros, claro. Pero no había que confundirse. *El Negro* era muy peligroso aunque solo fuera por el hecho cierto de tener sus tratos con los falangistas. Eso también lo sabía todo el muelle. Y era, por último y también lo más importante, el mejor proveedor de tabaco y alcohol que había, no solo en el muelle de Ripa sino en toda la ría del Nervión.

No nos fallaba nunca, aunque cualquiera hubiera pensado, al verlo sobre su gabarra, que era menos fiable que el peso del pan. Tomás decía que *el Negro* conocía a todos y cada uno de los marineros que podían tener algo que ofrecer en el muelle y que los que no lo conocían ya habían oído hablar de él antes de llegar, así que sus negocios no se limitaban a traficar con cigarrillos o *whisky*, sino que era capaz de conseguir cualquier cosa que le encargaras si tenías el dinero necesario.

Nosotros, de todas formas, íbamos a lo nuestro, sin liarnos demasiado. Buscábamos una venta rápida y segura. Por eso nos dedicábamos a los vicios que disfrutaban aquellos que tenían algo de dinero y no debían dar cuentas a nadie. Nada especial, de todas formas, solo un poco de calidad para el que pudiera pagarla. El problema principal estaba en que, en aquellos momentos, un par de años después de que Franco hubiera ganado la guerra que él mismo empezó, había muchos intentando hacerse un hueco a nuestra costa. Lo entendíamos como otra parte más del negocio con la que había que contar. La competencia, por decirlo así. Pero nosotros teníamos nuestras ventajas. Éramos muy formales, serios y nada avariciosos. Cumplíamos y nunca dábamos que hablar. Esto era algo que siempre nos repetían los bármanes de los clubs, cafeterías y bares con los que trabajábamos, como si fuera un mérito extraordinario por el mero hecho de ser tan jóvenes. Bueno, en realidad, unos chavales.

Nada más terminábamos con *el Negro*, salíamos del ajetreo del muelle a toda prisa. Tomás estaba obsesionado con la seguridad –no era para menos– y no dejaba de inventar rutas diferentes, una prácticamente cada día, para llegar hasta su guarida. Era increíble las vueltas que, en ocasiones, podíamos llegar a dar, asegurándonos en todas y cada una de las esquinas y cruces de que nadie (entonces era hasta incapaz de saber

quién) nos seguía. La verdad es que la pequeña carga que llevábamos era bastante golosa, difícil de conseguir y también de colocar en el mercado con seguridad. Cualquiera no sabría qué hacer con un par de cartones de Lucky Strike y otros tantos de Chesterfield, más litro y medio de Johnnie Walker, excepto, claro está, fumárselos y bebérselo a su salud, lo que definitivamente era algo más que un absurdo despilfarro.

Tenía Tomás su escondite al lado del puente de San Antón, en un viejo almacén abandonado y destartalado que daba a la ría, en los bajos del primer edificio del muelle de Marzana. No quedaba nadie por allí que pudiera dar razón de la actividad que hubiera albergado. La lonja estaba cerrada por un portalón de madera sucia y vieja en el que Tomás había colocado un candado, roñoso a más no poder, que solo él era capaz de abrir. Si alguien, por pura casualidad, hubiera sido capaz de vencerlo, se habría encontrado justo a la entrada de un laberinto de chatarra y escombros sin ningún valor. Eso si conseguía ver algo, porque no había en aquella lonja más luz que la que pudiera entrar por la puerta cuando estaba abierta. Olía en su cueva peor que la marea baja y, de fondo, si no había ruidos que molestaran, se escuchaba un inquietante murmullo que te hacía pensar muy seriamente en que un ejército de ratas hambrientas iba a saltar sobre ti en cualquier momento.

Al fondo de la lonja, pegado a la pared izquierda, estaba el cuartucho en el que Tomás dormía. Se podía llegar hasta allí después de sortear un sinfín de cachivaches olvidados apresuradamente poco antes de la entrada de los franquistas en Bilbao. El cuartito tenía de largo lo justo para que cupiera el camastro que, a su vez, era exactamente lo que Tomás medía. Solo sobraba un palmo por arriba y otro por abajo, suficiente para darse la vuelta sin tener que encogerse. Al lado

del cabecero había colocado una pequeña taquilla metálica, reliquia arañada del sollado de algún barco, que le servía de ropero y despensa a la vez. Guardaba allí galletas, miel y hasta chocolate. Probablemente no habría mansión en Bilbao con semejante lujo en su despensa.

Tomás vivía solo, claro está. Nunca me había hablado de sus padres ni de familia alguna. Ni los había conocido ni conservaba, según decía, ningún interés en hacerlo. Seguramente así había sido. Era algo de lo que no quería soltar prenda, eso se notaba a la legua. Decía que él era natural de la Casa Cuna, en Urazurrutia, y que un buen día –el día en el que se cansó o se cansaron de tenerlo allí–, simplemente había cruzado el puente, pero no la ría, para meterse en su cuartucho. Debía considerarlo una ocurrencia genial, aunque yo fuera incapaz de verle la gracia al asunto.

Antes de abrir el portalón, siempre nos asegurábamos de que no nos viera nadie. Esto no era nada sencillo, desde luego, pero Tomás insistía en que ningún chivato debía conocer su refugio. A veces se ponía nervioso, sin explicar por qué, y teníamos que esperar hasta que la oscuridad se echase sobre el muelle. Algo había visto u oído que le daba mala espina. Nos apostábamos entonces bajo el puente, en el túnel, cerca de las escaleras, y esperábamos nuestra oportunidad. Tomás se acurrucaba y cerraba los ojos. No lo iba a confesar nunca, pero le daba miedo la oscuridad. Yo me encargaba de vigilar. Un ojo a cada lado del túnel y la espalda bien apretada contra la pared. Por allí no pasaba nadie que tuviera algo que conservar, no por lo menos después de anochecer.

A una señal mía, Tomás salía como una centella, se llegaba hasta la puerta y abría el candado de un solo y magistral golpe de llave. Entonces corría yo de la forma más rápida y silenciosa de la que era capaz y me colaba dentro mientras

Tomás me cubría apoyado contra el portalón. En un instante él también se había escabullido dentro y me guiaba hasta su habitación en un continuo zigzag a través de todos los trastos olvidados en la lonja. Se sabía el camino de memoria y era capaz de hacerlo sin abrir los ojos. Ni chocaba ni se rozaba con nada. Yo no podía llegar hasta el cuartito sin darme algún rodillazo contra algún saco o trozo de hierro invisible en la oscuridad.

Una vez a salvo en su guarida, Tomás encendía una pequeña bombilla que colgaba milagrosamente del techo. No sé cómo había conseguido dar con el fino cable, que se perdía por la pared hasta acabar, seguramente, en el enchufe de alguna de las viviendas que había sobre nosotros. Probablemente ya estaba allí cuando llegó. Era una luz tan rúcana que apenas llegaba a alumbrar las paredes del cuarto, a pesar de lo pequeño que era. Solo daba para aclarar lo que tenía justo debajo, pero servía, en todo caso, para revisar los paquetes del *Negro* y comprobar que no nos había timado. “Más le vale”, repetía Tomás como un ritual cada vez que terminábamos de asegurarnos de que nuestro encargo estaba al completo y en perfecto estado.

En cuanto se sentaba sobre su camastro y se sentía rodeado de sus cuatro cosas, Tomás se tranquilizaba por completo. En cuestión de segundos dejaba de ser el soldado que era en la calle y empezaba a charlar y bromear conmigo, despreocupado y dicharachero, como si toda la tarde hubiera estado dedicado a mantener a buen recaudo su preciada carga y solo al cerrar la puerta de su cuartucho pudiera liberarse de su penitencia. Allí, es cierto, estábamos a salvo, seguros, y eso era algo difícil de encontrar en aquel Bilbao plagado de dementes llenos de odio y hambre de venganza. No tenía precio. Y, sin embargo, yo detestaba encerrarme en aquel

cuchitril. Me ponía nervioso y me angustiaba a partes iguales. A medida que pasaba el tiempo allí, con Tomás, se me iba haciendo cada vez más grande la urgencia de volver a casa. Me ahogaba, se me empezaba hasta a nublar la vista. Tampoco podía soportar el creciente eco de los ruidos que surgían sobre nuestras cabezas: discusiones, golpes, amenazas, risas y cánticos de borrachos y fulanas que me hacían sentir más niño y desprotegido que si hubiera estado desnudo en el frente. El miedo y el sentimiento de culpa se adueñaban de mí hasta que Tomás, que se había echado sobre los hombros la obligación de protegerme y cuidarme, cruzaba conmigo la ría y me dejaba delante del portal de mi casa.